

porque estaba segura de conseguir que las aceptaran Rusia y Prusia á la sola amenaza de unirse á Napoleón con sus fuerzas. Con diligencia suma llegó Mr. de Bubna el 30 de mayo á Liegnitz poco después que Mr. de Basano, y le expuso á la larga las proposiciones que debía hacer de orden de su corte. A pesar de la frialdad de Mr. de Basano, las expuso de buena fe y con el calor de un hombre que deseaba salir airoso, en primer lugar por su patria, y en segundo por su propia gloria. Al punto Mr. de Basano comunicó á Napoleón esta conferencia por escrito, sin decir una sola palabra en pro ni en contra de las proposiciones, cuyo rehusó es la mayor desdicha que jamás ha acontecido á Francia.

De cierto debiera parecer excelente á Napoleón semejante nueva, pues de su voluntad dependía terminar su larga lucha con Europa, y terminarla obteniendo un magnífico imperio, obteniendo la paz marítima sobre todo, que con el efecto que debía producir cubriera muy sobradamente el sacrificio de la Confederación del Rhin y de Hamburgo. Por desgracia esta comunicación le irritó en vez de satisfacerle. Aquí vió la resolución del Austria de intervenir inmediatamente, lo cual era verdad, y de no dejar que las hostilidades se prolongaran sin su arbitraje. Ahora bien: convenía que consintiera en condiciones que no quería á ninguna costa, ó que corriera el riesgo de tener en el mismo instante encima al Austria, y antes de dos meses no se podía hallar en aptitud de hacer cara á este nuevo contrario. Este fué, pues, el espolazo que le determinó á ceder sobre algunos puntos cuestionados de la suspensión de armas. En lugar de ser deferente con Austria, que le pedía sacrificios definitivos, lo fué con Rusia y Prusia, que no exigían más que sacrificios provisionales. A Mr. de Basano escribió en cifras: «Ganad tiempo, no os expliquéis con Mr. de Bubna, llevadle en vuestra compañía á Dresde y retardad el momento de vernos obligados á admitir ó á rehusar las proposiciones austriacas. Voy á concluir la suspensión de armas, y así habré ganado todo el tiempo que necesito. Si á pesar de todo se porfia en exigir para la celebración de este armisticio condiciones que no sean de mi agrado, os suministraré temas para prolongar las conversaciones con Mr. de Bubna, y para proporcionarme los pocos días que me hacen falta á fin de ahuyentar á los coligados del territorio de Austria.»

A la sazón, por su desgracia y por la nuestra, acababa de recibir la noticia de que el mariscal Davout se hallaba á las puertas de Hamburgo, donde de cierto había entrado el 1.º de junio. Corría el día 3, y por tanto ideó resolver la dificultad de Hamburgo, diciendo en el armisticio que relativamente á las provincias anseáticas se aceptaría lo que la suerte de las armas hubiere decidido el 8 de junio á media noche. Respecto de Breslau se avino á que entre los dos ejércitos se dejase un terreno neutral de unas diez leguas, incluyendo la misma plaza, y en cuanto á la duración del armisticio que se extendería hasta el 20 de julio con seis días de plazo entre su denuncia y la vuelta á las hostilidades, lo cual conduciría hasta el 26 de julio y llegaría á muy cerca de dos meses. Envió estas condiciones con la intimación de romper en el mismo instante si no eran aceptadas.

Habiéndolas presentado Mr. de Caulaincourt el 4 de

junio, los comisionados, que tenían orden de ceder si Breslau no quedaba en manos de Napoleón, cedieron efectivamente, y quedó firmado el 4 de junio este armisticio, que constituyó una de sus mayores desgracias. Se convino en que por línea de demarcación entre los dos ejércitos se adoptaría el Katzbach, á fin de que, como neutral, quedara Breslau fuera; en que después del Katzbach se tomaría el Óder, lo cual nos aseguraría la baja Silesia para estacionar y vivir en su territorio; después del Óder la antigua frontera, que siempre había separado á Sajonia de Prusia, lo cual dejaba en nuestro poder todos los Estados de Sajonia; finalmente, la línea del Elba desde Vittemberg hasta el mar, salvo lo que de las ciudades anseáticas se determinase. Además estipulóse que las plazas del Vistula y del Óder serían sucesivamente abastecidas por dinero. Se supo el mismo día que Hamburgo y las ciudades anseáticas habían vuelto á entrar en manos del mariscal Davout, lo cual nos aseguraba la ocupación de ellas durante la suspensión de armas.

Tal fué este deplorable armisticio, que sin duda convenía aceptar si se deseaba la paz, y que se debía rechazar absolutamente si no se deseaba, pues en este caso más valía consumir al punto la ruina de los coligados, y que por el contrario aceptó Napoleón cabalmente por ser adverso á dicha paz y porque anhelaba proporcionarse dos meses para llevar á cabo sus armamentos y estar en aptitud de rechazar las condiciones del Austria (1). Esta falta, que se derivaba de todas las otras y las resumía por completo, formaba parte de la serie fatal de resoluciones locamente ambiciosas que debían precipitar el fin de su reinado. No obstante, exceptuando á los prusianos, produjo una falsa y universal alegría en toda Europa, porque tenía suma apariencia de paz. Al hacer Napoleón que entrara su ejército en cantones, decretó la construcción de un monumento encima de los Alpes y con la inscripción siguiente: «NAPOLEÓN AL PUEBLO FRANCÉS, EN MEMORIA DE SUS GENEROSOS ESFUERZOS CONTRA LA COALICIÓN DE 1813.» Sin duda esta idea participaba de toda la grandeza de su genio; pero así para el pueblo francés como para su persona valiera más enviar á París un tratado de paz estipulando el abandono de la Confederación del Rhin, de Hamburgo, de Iliria, de España, con esta frase: «SACRIFICIOS DE NAPOLEÓN AL PUEBLO FRANCÉS.» De esta suerte continuara Napoleón siendo personaje, no más poético, sino más verdaderamente grande, y este noble pueblo no perdiera el fruto de su sangre más pura vertida durante veinte años.

(1) No nos hallamos limitados á conjeturas relativamente á las causas de este famoso armisticio, tan justamente censurado como una gran falta política y militar, como que dió tiempo de salvarse á los coligados reducidos al último apuro. Hasta ahora se habían atribuido á Napoleón las razones más ridículas y nada conformes á su carácter ni á su genio. Pero, afortunadamente para la historia, escribió al príncipe Eugenio, á Mr. de Basano y al ministro de la Guerra las razones que le decidieron á este paso, y se ve que, forzado á explicarse con Austria dentro de breves días, y expuesto por tanto á tener muy pronto encima esta potencia, firmó el armisticio para ganar dos meses, tiempo necesario á la segunda serie de sus armamentos. En este caso se puede decir que la falta del armisticio no fué otra que la misma de no querer consentir en las condiciones del Austria. (N. del A.)

## LIBRO CUADRAGÉSIMO NOVENO

### DRESDE Y VITORIA

Napoleón se da poca prisa á llegar á Dresde, á fin de dilatar su encuentro con Mr. de Bubna. — Sus disposiciones para el campamento, el bienestar y la seguridad de sus tropas mientras durara el armisticio. — Su vuelta á Dresde y su establecimiento en el palacio Marcolini. — Apenas llegado, le presenta Mr. de Bubna una nota para declarar que, estando aceptada la mediación de Austria por las potencias beligerantes, se insta á Francia á que nombre sus plenipotenciarios y haga conocer sus intenciones. — En respuesta á esta nota suscita Napoleón dificultades de forma sobre la aceptación de la mediación, y elude explicarse relativamente al deseo manifestado por Mr. de Metternich de ir á Dresde. — Conducta del gabinete austriaco al recibir esta respuesta. — Mr. de Metternich se dirige cerca de los soberanos aliados, á fin de concertarse sobre todo lo relativo á mediación con ellos. — Obtiene la aceptación formal de esta mediación, y parte nuevamente, después de adquirir el conocimiento puntual de las intenciones de los aliados. — Según lo había previsto Mr. de Metternich, al saber Napoleón esta entrevista, quiere verle y le invita á ir á Dresde. — Llegada de Mr. de Metternich á esta ciudad el 25 de junio. — Discusiones preliminares con Mr. de Basano sobre la mediación, sobre su forma, su duración y la manera de conciliarla con el tratado de alianza. — Entrevista con Napoleón, tan célebre como tempestuosa. — Sintiendo Napoleón los arrebatos imprudentes á que se ha entregado, encarga á Mr. de Basano que anude con Mr. de Metternich las pláticas interrumpidas. — Nueva entrevista en la cual, acreditando Napoleón tanta flexibilidad como antes violencia, consiente en la mediación, si bien arrancando á Mr. de Metternich una prolongación de armisticio hasta el 17 de agosto, única cosa á que se atiene en interés de sus aprestos militares. — Aceptación formal de la mediación austriaca y señalamiento del 5 de julio para la reunión de los plenipotenciarios en Praga. — Regreso de Mr. de Metternich á Gitschn, cerca del emperador Francisco. — La necesidad de entenderse con Rusia y con Prusia, acerca de la prolongación del armisticio y del envío de los plenipotenciarios á Praga, produce un nuevo retardo, primero hasta el 8 y después hasta el 12 de julio. — Napoleón, á quien convienen estas dilaciones, se regocija de ellas afectando sentirlas y engendra otras partiendo personalmente para Magdeburgo. — Su partida el 10 de julio. — Sabe en el camino los sucesos de España. — Lo acontecido en este país desde que los ingleses fueron expulsados de Castilla, y desde que los ejércitos del centro, de Andalucía y de Portugal se hallaron juntos. — Proyectos de lord Wellington para la campaña de 1813. — Se propone marchar sobre Castilla la Vieja con setenta mil anglo-portugueses y veinte mil españoles. — Proyectos de los franceses. — Posibilidad de hacer cara á los ingleses y aun de repelerlos á Portugal en obrando con tino. — Nuevos conflictos entre la autoridad de París y la de Madrid y funestas instrucciones que dan por resultado. — De estas instrucciones y de la lentitud de José en evacuar á Madrid se sigue una nueva dispersión de las fuerzas francesas. — Se torna á las operaciones en mayo de 1813. — Habiendo sido enviadas al general Clausel al Norte de la Península cuatro divisiones, José, que hubiera podido reunir contra lord Wellington setenta y seis mil hombres, no tiene más que cincuenta y dos mil que oponerle. — Retirada sobre Valladolid y Burgos. — La falta de víveres precipita nuestra marcha retrógrada. — Dos opiniones en el ejército, una consistente en retirarse sobre Navarra á fin de contar más segura la unión al general Clausel, y otra en mantenerse siempre sobre el camino real de Bayona, á fin de cubrir la frontera de Francia. — Órdenes reiteradas de París inclinan á José y á Jourdan á este último dictamen. — Numerosos avisos despachados al general Clausel para instarle á que se incorpore al ejército entre Burgos y Vitoria. — Retirada sobre Miranda de Ebro y Vitoria. — Esperanza de que el general Clausel se incorpore en este punto. — Desgraciada inacción de José y Jourdan durante los días 19 y 20 de junio. — Funesta batalla de Vitoria el 21 de junio, y ruina completa de las cosas de los franceses en España. — ¿A quién se pueden imputar estos deplorables sucesos? — Irritación violenta de Napoleón contra su hermano José, y orden de que se le prenda si va á París. — Envío del mariscal Soult á Bayona, para reunir el ejército y tomar nuevamente la ofensiva. — Regreso de Napoleón á Dresde al cabo de una excursión de algunos días á Torgau, á Wittemberg, á Magdeburgo y á Leipsick. — Se siguen las negociaciones de Praga. — MM. de Humboldt y de Anstet nombrados representantes de Prusia y de Rusia en el congreso de Praga. — Llegados allí estos negociadores el 11 de julio, se quejan amargamente de no ver llegar el día convenido á los plenipotenciarios franceses. — Sentimiento y pena de Mr. de Metternich. — Vuelto Napoleón á Dresde el 15, después de dilatar el nombramiento de los plenipotenciarios franceses bajo diversos pretextos, designa al fin á MM. de Narbonne y de Caulaincourt. — Una falsa interpretación dada al convenio que prolonga el armisticio le suministra un nuevo pretexto para aplazar la partida del último plenipotenciario. — Al ganar tiempo su esperanza es que e dilate hasta el 1.º de septiembre la vuelta á las hostilidades. — Acrecentamiento de las quejas por parte de los plenipotenciarios, y declaración de Mr. de Metternich de que no se concederá un día más que el 10 de agosto para la denuncia del armisticio, y que el 17 para la vuelta á las hostilidades. — Resuelta la dificultad suscitada acerca del armisticio, despacha Napoleón á Mr. de Caulaincourt con instrucciones que originan cuestiones de forma casi insolubles. — Durante este tiempo sale de Dresde el 15 de julio, para ir á ver á la emperatriz á Maguncia. — Hacienda y policía del imperio durante la guerra de Sajonia: asuntos de los seminarios de Tournay y de Gante, y del jurado de Amberes. — Vuelta de Napoleón á Dresde el 4 de agosto, después de pasar revista á los nuevos cuerpos que se encaminan á Sajonia. — Vanas dificultades de forma, por cuyo medio se ha llegado á impedir hasta la constitución del congreso de Praga. — Por última vez declara Mr. de Metternich que si no se han asentado las bases de la paz el 10 de agosto á media noche, será denunciado el armisticio y se unirá á la coalición el Austria. — Pensamiento verdadero de Napoleón en este momento decisivo. — No lisonjeándose ya de impedir que Rusia y Prusia volvieran á las hostilidades el 17 de agosto, desearía, mediante una negociación formal con el Austria, retardar la entrada en acción de ésta. — Efectivamente entabla con Austria una negociación secreta, que debe ser seguida por Mr. de Caulaincourt é ignorada por Mr. de Narbonne. — Conferencia de Mr. de Caulaincourt y Mr. de Metternich el 6 de agosto, cuatro días antes de la expiración del armisticio. — Sorpresa de Mr. de Metternich. — Su respuesta á las cuarenta y ocho horas y declaración auténtica de las intenciones de Austria dada en nombre del emperador Francisco. — Ventajas ofrecidas á Napoleón é inesperadas del todo. — Nobles esfuerzos de Mr. de Caulaincourt para decidir á Napoleón á aceptar la paz con que se le brinda. — Contraproposición de éste, no enviada hasta el 10 de agosto y juzgada inaceptable por Austria. — Habiendo pasado el día 10 sin que se adopten las bases propuestas, Austria declara disuelto el congreso de Praga antes de que se intale y proclama su adhesión á la coalición. — Experimentando Napoleón un instan-

te de sentimiento, manda á Mr. de Caulaincourt, si bien inútilmente, que prolongue su permanencia en Praga. - Habiendo precedido el emperador de Rusia al rey de Prusia en Bohemia y conferenciado con el emperador Francisco, declara inaceptables las últimas proposiciones de Napoleón en nombre de los soberanos aliados. - Vuelta y noble aflicción de Mr. de Caulaincourt. - Partida de Napoleón de Dresde el 16 de agosto. - Su confianza y sus proyectos. - Profundidad de sus concepciones para la segunda parte de la campaña de 1813. - Toma el curso del Elba por línea de defensa y se propone maniobrar concéntricamente en torno de Dresde, á fin de batir una tras otra á todas las masas enemigas que le quieran atacar de frente, de flanco ó por la espalda. - Proyectos de la coalición y fuerzas inmensas operantes en esta guerra gigantesca. - Empezando primeramente el movimiento el ejército de Silesia, mandado por Blücher, Napoleón marcha en su contra para repelerle sobre el Katzbach. - Combates del 20, del 21 y del 22 de agosto, á consecuencia de los cuales se ve obligado Blücher á replegarse detrás del Katzbach. - Napoleón sabe el 22 por la noche la aparición del grande ejército de los coligados á espaldas de Dresde. - Su vuelta precipitada á este punto. - Se detiene en Stolpen, y forma el proyecto de desembarcar por Koenigstein para coger de revés al ejército coligado y lanzarle al Elba. - Los terrores de los habitantes de Dresde y las vacilaciones del mariscal Saint-Cyr en esta circunstancia desvían á Napoleón de la más bella y fecunda de sus concepciones. - Su regreso á Dresde, é inútil ataque de esta ciudad el día 26 por los coligados. - Célebre batalla de Dresde dada el 27 de agosto. - Completa derrota del ejército coligado y muerte del general Moreau. - Posición del general Vandamme en Peterswalde á espaldas de los aliados. - Nuevo y vasto proyecto sobre Berlín, que aparta á Napoleón de las operaciones en torno de Dresde. - Desastre del general Vandamme en Kulma, producido por la más singular concurrencia de circunstancias. - Consecuencias de este desastre. - Renacimiento de confianza entre los coligados y agravación de la situación de Napoleón, cuyas últimas victorias se hallan anuladas. - Su situación el 30 de agosto de 1813.

Al firmar el armisticio de Pleiswitz no tuvo Napoleón otro pensamiento que el de ganar dos meses para completar sus armamentos y proporcionarlos á las fuerzas de los nuevos enemigos que iba á atraerse; pero no abrigó la idea de la paz ni un solo instante, no queriendo concluir á ningún precio según las condiciones pretendidas por Austria. Estas condiciones, tantas veces reveladas ya hacia cuatro meses, ora mediante simples insinuaciones, ora por las declaraciones recientes y formales de Mr. de Bubna, eran, según se ha visto ya, las siguientes: Disolución del gran ducado de Varsovia: reconstitución de la Prusia por medio de una extensa parte de este ducado y de algunas porciones de las provincias anseáticas: restitución á Alemania de las ciudades libres de Lubeck, de Brema, de Hamburgo: abolición de la Confederación del Rin: retrocesión al Austria de la Iliria y de las porciones que le habían pertenecido en Polonia. Aunque esta paz continental, preludio seguro de la paz marítima, dejase á Francia, independientemente de la Bélgica y de las provincias rhinianas, la Holanda, el Piamonte, la Toscana, el Estado romano, mantenidos como departamentos franceses, la Lombardía, Nápoles y Westfalia, constituídas como reinos tributarios, Napoleón la rechazaba absolutamente, no á causa de las pérdidas de territorio, que eran casi nulas, sino por considerarla como un ataque á su gloria, y sin vacilaciones prefería la guerra contra la Europa en masa. Sin duda era una temeridad insigne respecto de sí mismo, una crueldad respecto de tantas víctimas destinadas á perecer sobre los campos de batalla, un atentado respecto de Francia, expuesta á tantos peligros únicamente por el orgullo de su jefe; pero al fin era una resolución ya casi fija, y de la cual había muy poca verosimilitud de apartarle. Se necesitaban mejores y más autorizados consejeros en torno suyo para conseguir que retrocediese de esta determinación funesta. Sin embargo, aunque resuelto del todo, como consta de sus órdenes, de sus comunicaciones diplomáticas y de algunas confesiones inevitables hechas á sus más íntimos cooperadores, no podía convenirle que penetraran su verdadera idea ni las potencias con las cuales tenía que entrar en tratos, ni la mayor parte de los agentes de su gobierno, de cuyo celo tenía necesidad grande. Con efecto, conocida la verdadera idea de Napoleón por Austria, se decidiera definitivamente en nuestra contra, y acelerara sus armamentos ya bastante activos, é hicie-

ra cundir la desesperación en nuestros aliados, ya sobradamente disgustados de nuestra alianza, é inutilitara la prórroga del armisticio, en que Napoleón ponía esencial empeño y que no desesperaba de obtener á fuerza de dar largas á los negociadores. Declarada á los hombres que componían su gobierno su resolución de no aceptar la paz, trascendiera al público en breve, y aumentara la aversión inspirada por su política, y extendiera esta aversión á su persona y á su dinastía, y dificultara más los alistamientos de soldados, é irritara y desalentara al ejército, que, no viendo ya término á la efusión de su sangre, se desahogaría en hablar con más severidad y audacia.

Efectivamente, parecía que la oposición, comprimida por todas partes, se hallaba refugiada en los campamentos, y que nuestros militares de todas graduaciones querían ejercer la libertad inenajenable del espíritu francés como en premio de los sacrificios que se exigían de ellos. Después de precipitarse por la mañana en medio de los peligros, se lamentaban por la noche en los vivaques de la fatal obstinación que hacía correr tanta sangre por una política que empezaba á no serles comprensible. Ya habían admitido que después de Moscou y del Berezina fuera necesario un desquite brillante á los ejércitos franceses; pero restablecido en Lutzen y en Bautzen el prestigio de nuestras armas, se sublevaran y quizá sintieran helado su celo al saber que, pudiendo Napoleón conservar la Bélgica, las provincias rhinianas, la Holanda, el Piamonte, Nápoles y la Toscana, no se contentaba, y quería aún inmolar millares de hombres para guardar á Lubeck, Hamburgo, Brema y mantener el vano título de protector de la Confederación del Rin. Por todas estas razones no reveló Napoleón todo su pensamiento á nadie, excepto quizá á Mr. de Basano; y sólo dijo á cada uno lo que necesitaba saber para cumplir su particular tarea, reservándose interiormente la extensión de sus funestos designios.

Se acaba de ver que Mr. de Bubna tornó á presentarse en el cuartel general con las condiciones del Austria, y que se habían modificado considerablemente, puesto que, remitiendo para el tiempo de la paz marítima el sacrificio de las ciudades anseáticas y de la Confederación del Rin, se había destruido la única objeción que pudieran provocar razonablemente. Sintióse entonces Napoleón estrechado de cerca, y temiendo que se le comprometiera á declararse sin demora, con lo

cual tuviera encima al Austria antes de poderla oponer resistencia, hubo de firmar el armisticio de Pleiswitz á pesar de lo desventajoso, no para tener tiempo de seguir los tratos, sino de completar sus armamentos. Bajo secreto escribió al príncipe Eugenio y al ministro de la Guerra que firmaba este armisticio, cuyo peligro se le alcanzaba en parte, con el fin de tener tiempo de prepararse contra el Austria, á la cual entendía dar la ley en vez de recibirla de ella. A uno y otro recomendó que nada descuidasen para que á fines de julio estuvieran prontos el ejército de Italia y el de Maguncia, destinados á amenazar al Austria, aquél por la Carintia y éste por Baviera, y procediesen de modo que *contaran por doble los días*, pues apenas les quedaban dos meses para llevar á remate los armamentos que las circunstancias hacían indispensables. No obstante, ni á uno ni á otro confesó qué ley era la que no quería sufrir del Austria, y hasta les dejó creer que sus exigencias se resentían de exorbitantes como enderezadas á arruinar el poder y á ofender el honor de Francia. Al príncipe de Cambaceres, á quien dejó confiado el depósito de su autoridad al tiempo de su partida, le escribió que sin duda podía conducir á la paz el armisticio firmado; pero que *no convenía que en esto se viese una razón para aflojar los preparativos de guerra, sino al revés, para redoblarlos; pues sólo podría ser la paz segura y honrosa viéndose que éramos formidables sobre todos los puntos*. Pero tampoco se atrevió á decir al príncipe de Cambaceres lo que entendía por una paz segura y honrosa, y guardóse muy bien de confesarle que no consideraba tal una paz que, independientemente del Rin y de los Alpes, concedía directa ó indirectamente á Francia la Holanda, la Westfalia, el Piamonte, la Lombardía, la Toscana, Nápoles y los Estados romanos.

Sólo á Mr. de Basano, á quien no podía engañar por ser este ministro el conducto de todas las comunicaciones de Francia con las potencias europeas, y del cual no tenía que temer la objeción más leve, descubrió su verdadero pensamiento, confiándole el cuidado de recibir en su lugar á Mr. de Bubna. Le dijo que no quería ver á este enviado, para no tenerse que pronunciar relativamente á las condiciones del Austria; le recomendó que le llevara á Dresde, donde tenía que volver el cuartel general francés muy pronto, y que le retuviera allí hasta su vuelta, lo cual hacía que se ganasen diez días y se llegara á mediados de junio antes de reunirse los plenipotenciarios.

Suscitando después dificultades de forma, cabía en lo posible que viniera el mes de julio sin pronunciarse sobre el fondo de las cosas. Mostrando luego en el último instante alguna disposición á entrar en tratos y alegando el poco tiempo que ya quedaría entonces, aún era posible lograr que se prorrogase otro mes la duración del armisticio, lo cual después de junio y julio aseguraría todo agosto y proporcionaría así tres meses para los armamentos, tres meses que las potencias coligadas aprovecharían sin duda, pero no tanto como Francia, por no estar administradas con la misma actividad ni con el mismo genio.

Resuelto este plan, hizo Napoleón partir á Mr. de Basano á Dresde, encargándole que anunciara allí su próxima llegada y que fuera de las residencias reales le buscara una morada cómoda y conveniente, donde es-

tuviera á la vez en la ciudad y en el campo, donde pudiera trabajar con libertad, respirar un aire puro y hallarse al alcance de los campos de instrucción establecidos á orillas del Elba. Dispuso que se llevara allí parte de su casa, y hasta la Comedia francesa, á fin de desplegar cierta clase de esplendor pacífico que revelara satisfacción, confianza y propensión al reposo, propensión que nunca había penetrado en su alma. *Es bueno, escribió al príncipe Cambaceres, que se crea que aquí nos divertimos*.

Según costumbre, no se apartó Napoleón de sus tropas sin asegurarse de su manutención, de su buena salud y de su instrucción mientras durara la suspensión de armas. A tenor de las condiciones de este armisticio se había reservado la baja Silesia, país rico en todo género de recursos, tanto para el alimento como para el vestido de los hombres. Distribuyó sus cuerpos de ejército desde las montañas de Bohemia hasta el Óder del modo siguiente: á Reynier le situó en Gorlitz con el 7.º cuerpo, á Macdonald en Lowenberg con el 1.º, á Lauristón en Golberg con el 5.º, á Ney en Leignitz con el 3.º, á Marmont en Buntzlau con el 6.º, á Bertrand en Sprottau con el 4.º, á Mortier en los alrededores de Glogau con la infantería de la joven guardia, á Víctor en Grossen con el 2.º, á Latour-Maubourg y á Sebastiani á orillas del Óder con la caballería de reserva. Al frente del cuerpo destinado á marchar sobre Berlín fué acantonado el mariscal Oudinot en los límites de Sajonia y de Brandeburgo, los cuales formaban del Óder al Elba la línea de demarcación estipulada por el armisticio. Estos diversos cuerpos debían acampar en aldeas ó barracas, maniobrar, descansar y vivir con holgura, mediante requisiciones hechas sobre el país, de modo que pudieran subsistir allí tres meses por lo menos y formar provisiones para la época de la renovación de las hostilidades. Además Napoleón prescribió requisiciones de paños y lienzos en la parte de la Silesia que se había reservado y los producía en abundancia, para reponer el vestuario ya gastado de sus soldados. Debiendo en todo caso volver la Silesia á la Prusia, puesto que no la quería el Austria, no tenía por qué tratarla con contemplaciones más que para hacer que sus recursos duraran lo que sus necesidades.

Siendo Glogau la única de sus plazas junto al Óder y el Vistula que había logrado la ventaja de verse libre de bloqueo, renovó su guarnición y sus provisiones y dispuso que se perfeccionaran sus medios de defensa. Despachó oficiales á Stettin, Custrin y Dantzick para noticiar á sus guarniciones los últimos triunfos de nuestras armas, para llevar las recompensas y velar á fin de que los víveres consumidos cada día fueran inmediatamente reemplazados por cantidades iguales, según las condiciones expresas del armisticio. Por una de sus estipulaciones se convino en que la importante plaza de Hamburgo dependiera de la suerte de las armas y pertenecería al que la ocupara el 8 de junio por la noche. A nuestro poder había vuelto el 29 de mayo por la llegada del general Vandamme á la cabeza de dos divisiones, y más pronto tornara á ser propiedad nuestra sin la intervención singular y un movimiento inexplicable de Dinamarca en tal coyuntura. Fiel nos había sido esta potencia hasta ahora y nos lo debía, puesto que por conservar la Noruega estábamos en hostilidades con Suecia.

A consecuencia de nuestro desastre de Moscou fué vivamente solicitada por Rusia é Inglaterra para que abandonara la Noruega á Suecia, con promesa de indemnizarla á costa de Francia si cedía, y con amenaza de derribar la monarquía danesa si rehusaba. A estas amenazadoras solicitudes de Rusia é Inglaterra se juntaron las instancias más suaves del Austria, invitando á Dinamarca á unirse á ella, y prometiéndole la conservación de la Noruega si se adhería á su política mediadora. A vueltas de este conflicto de sugerencias de todas clases, recelando Dinamarca que Francia no se encontrase ya en proporción de sostenerla, pidió lealmente á Napoleón que la autorizara para tratar por su cuenta, con el fin de eludir los peligros de que se veía amenazada, y conmovido éste de su ingenuidad se avino á otorgar lo que pretendía. Hasta le envió los marineros daneses que servían en nuestra escuadra, con el objeto de que su situación se aproximase más á la neutralidad. Volviéndose á poner en paz con Inglaterra por mediación de Rusia y mostrándose de seguida neutral con todo el mundo, abrigaba Dinamarca la esperanza de que aseguraría la conservación de la Noruega. Muy pronto le fué significado, no sólo que nos declarara la guerra, lo cual costaba mucho á su lealtad, sino que además era forzoso que renunciase á la Noruega, salvo una indemnización eventual, de manera que ni la defección á nuestra alianza la libertara del despojo. Sublevada Dinamarca por estas exigencias volvióse á nosotros, y una de sus divisiones, que se había mantenido en actitud equívoca y casi inquietante á las puertas de Hamburgo, nos alargó la mano en vez de amenazarnos. Entonces Vandamme, á quien no retenía nada, expulsó la reunión de fuerzas de Tettendorf, compuesta de cosacos, de prusianos, de mecklemburgueses, de soldados de ciudades anseáticas, y enarbó de nuevo las águilas francesas sobre todo el curso del Elba inferior. Inmediatamente despachó Napoleón al mariscal Davout la orden de establecerse fuertemente en Hamburgo, Lubeck y Brema, le reiteró nuevamente la orden de castigar severamente la rebeldía de estas ciudades, de sacar de ellas los recursos necesarios para avituallar el ejército y de crear junto al bajo Elba un establecimiento militar que completara las defensas de esta gran vía fluvial, donde íbamos á tener á Koenigstein, Dresde, Torgau, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo. Esta importantísima línea, objeto de tan vivos debates en la negociación del armisticio, nos estaba, pues, asegurada, independientemente de la del Óder, cuya parte más esencial, la que daba de frente á Dresde, nos pertenecía del todo. Verdad es que algunas tropas de partidarios habían pasado la línea del Elba y recorrían á la sazón la Westfalia, el Hesse y la Sajonia, sembrando los cosacos por todas partes el terror, que se había hecho casi supersticioso. Napoleón formó á sus espaldas un cuerpo de infantería y de caballería, para perseguirlos de muerte y acuchillar sin compasión á cuantos fueran habidos más acá del Elba. Destinado, según se ha dicho, el duque de Padua á mandar un tercer cuerpo de caballería cuando estuvieran completos los dos primeros de Latour-Maubourg y de Sebastiani, se hallaba en Leipsick por entonces con el núcleo de su cuerpo. Cerca de tres mil jinetes contaba y algunas piezas de artillería de tiro. Napoleón le agregó la división polaca de Dombrowski, la división

de Teste, cuarta de las de Marmont, dejada atrás para llevar su organización á cabo, y otra división wurtemberguesa recién llegada y algunos batallones de la guarnición de Magdeburgo, sumando así un conjunto de ocho mil jinetes y doce mil infantes. Prescribióle que se ocupara únicamente en la policía del país comprendido entre el Rhin y el Elba, en pacificarle, en purgarle de corredores, y que si sorprendía algunos con posterioridad al 8 de junio, último término fijado á las hostilidades, los tratara como bandidos ó los hiciera prisioneros por lo menos, á fin de apoderarse de sus caballos, que eran excelentes.

Dedicadas estas primeras atenciones á la ejecución del armisticio y al bienestar de las tropas mientras durase, encaminóse Napoleón á Dresde, donde tenía el proyecto de pasar todo el tiempo de las próximas negociaciones, y retrocedió sobre el Elba con la infantería y la caballería de la vieja guardia, marchando personalmente al paso de las tropas y por jornadas de etapas. No estuvo de vuelta en Dresde hasta el 10 de junio, lo cual convenía á su cálculo de hallarse lo más tarde posible en presencia de Mr. de Bubna. A su encuentro salió el rey de Sajonia, y los mismos habitantes de Dresde, al ver la guerra apartada de sus hogares y honrado á su monarca muy á su gusto, le hicieron una acogida que no era de esperar por parte de una población alemana.

Napoleón se apeó en el palacio de Marcolini, que Mr. de Basano había elegido para su morada. Rodeado de un extenso y hermoso jardín este palacio se hallaba situado en el arrabal de Friedrichstadt, muy cerca de la pradera de Osterwise, donde podían operar numerosas tropas á orillas del Elba. Allí encontró Napoleón su casa ya instalada y dispuesta á recibirle, y sin ser gravoso á la corte de Sajonia ni molestarla en lo más leve, tenía lo que deseaba, aire, verdura y un campo de maniobras. Se propuso tener al levantarse por la mañana las mismas ceremonias que en las Tullerías, en medio del día revistas y maniobras, por la noche banquetes, recepciones, y las obras maestras de Corneille, de Racine, de Moliere, representadas por los primeros actores de la Comedia francesa. Ya al otro día de su regreso á Dresde empezaba la exactitud y la invariabilidad de una consigna militar su vida tal como la había ordenado. Pero al mismo tiempo Mr. de Bubna, que llegado de Viena hacía dos semanas, aguardaba sin fruto el momento de verle, le hubo de recordar su presencia por medio de una nota formal, á la cual era fuerza responder pronto y á las claras.

Para comprender esta nota y su trascendencia, es indispensable conocer las últimas circunstancias sobrevenidas en Austria, donde se sucedían como en todas partes los acontecimientos con una rapidez pasmosa, bajo el impulso violento dado por Napoleón dondequiera á la marcha de las cosas. Empleando á Mr. de Caulaincourt en la negociación del armisticio, á fin de suscitar la ocasión de un ajuste directo con Rusia, Napoleón suministró á ésta un arma peligrosa, de que debía hacer funesto uso. Si el emperador Alejandro, menos ofendido por los desdenes de Napoleón, menos prendado del papel nuevo del todo de rey de reyes, pudiera participar de alguna manera de la opinión del príncipe de Kutusoff, inclinadísimo á que saliese de esta guerra firmando con Francia una paz esencialmente rusa, muy oportuno

fuera enviarle á Mr. de Caulaincourt, quien había sido por largo tiempo su confidente y casi su amigo. Pero embriagado con el incienso que los alemanes quemaban ante sus ojos, á pesar de su habitual dulzura se había hecho Alejandro un enemigo implacable, al cual era peligroso tratar de dirigirse. En vez de conmovirle de resultados del envío de Mr. de Caulaincourt, sólo se logró suministrarle el medio de poner fin á las prolijas vacilaciones del Austria. Con efecto, para Alejandro era la ocasión de decir á esta potencia: «Decidíos, pues; si por no socorrernos dejáis que se nos bata como en Lutzen y como en Bautzen, nos veremos forzados á tratar con nuestro común enemigo, á admitir las proposiciones que se adelantan á hacernos, á celebrar con él una paz exclusivamente en ventaja de Rusia, y á entregaros definitivamente á su resentimiento, que no debe ser flojo, pues si no hicieris bastante para auxiliarnos, de sobra habéis hecho para inspirarle una profunda desconfianza.» Tanto más oportunamente viniera después de la jornada de Bautzen este lenguaje con la corte de Viena, cuanto que un nuevo movimiento retrógrado iba á alejar á los coligados de las fronteras de Austria y á privarles de todo contacto con ella. Ahora ó nunca era el instante de unirse, pues dado un paso más, ya no se podrían tocar las manos por mucho que se las alargasen unos á otros.

Tales son las razones que se había resuelto emplear cerca del emperador Francisco, y mientras que messieurs Kleist y de Schuwaloff negociaban en Pleiswitz el armisticio de 4 de junio, llamóse á Mr. de Stadión, se le hizo reparar la elección de Mr. de Caulaincourt para esta negociación y aun se añadió á la verdad la mentira, hablándose de supuestas insinuaciones que se había permitido este personaje, cosa que era falsa, y de las cuales se podía colegir que Napoleón pensaba entenderse directamente con Rusia á expensas del Austria. Todo cuanto el envío de Mr. de Caulaincourt permitía suponer en materia de tentativas diplomáticas se dió por consumado, y estrechóse á Mr. de Stadión á declarar á su gabinete que lo que se rehusaba ahora habría necesidad de aceptarlo dentro de algunos días, bajo la presión de las circunstancias y de las victorias de Napoleón. Mr. de Stadión, que no amaba á Francia y á quien la presencia de Mr. de Caulaincourt había ofuscado sobremanera, se apresuró á pintar á su corte, exagerándolo mucho, el peligro de un acomodo directo entre Francia y Rusia. No contando bastante con la influencia de las palabras escritas, hasta se había despachado, según queda dicho, á Mr. de Nesselrode, el mismo que durante cuarenta años no ha cesado de aconsejar á sus diferentes soberanos una política profunda por su paciencia, aunque no siempre conforme á su temperamento irritable. Joven entonces, modesto, sencillo, menos dogmático que Mr. de Metternich, menos emprendedor, si bien sagaz al nivel suyo, y cortado para ganar la confianza de un príncipe ilustrado como Alejandro, ya había obtenido sobre su espíritu muy marcado ascendiente. Sin embargo de haber dejado el zar el vano título de canciller á Mr. de Romanzoff, en memoria de la Finlandia y de la Besarabia conquistadas bajo su ministerio, se trajo á su cuartel general á Mr. de Nesselrode, y ya no dirigía los negocios sino él ó por su consejo. Desde el 1.º de julio envióle á Viena con la

misión de rogar, de suplicar, de amenazar en caso necesario á la corte de Austria, mostrándole la cabeza de Medusa, esto es, á Napoleón abocándose con Alejandro, y renovando junto al Óder la entrevista del Niemen, y quizá en Breslau la alianza de Tilsit. Mr. de Nesselrode se puso al instante en camino, dirigiéndose por la Bohemia á Viena.

No se necesitaba tanto para producir en dos espíritus tan perspicaces como el emperador Francisco y Mr. de Metternich una conmoción decisiva. Efectivamente, restablecida el Austria por la fortuna en una gran situación, de la cual había sido precipitada por la espada de Napoleón veinte años antes, corría un grave peligro á pesar de todo. A la sazón la acariciaba todo el mundo, todo el mundo se le presentaba con las manos llenas de los más magníficos dones. Alejandro le ofrecía, no sólo la Iliria y parte de la Polonia, sino también la Italia y el Tirol, la corona imperial de Alemania, que Napoleón había hecho caer de su cabeza, y más que todo esto, la independencia. Francia le ofrecía con la Iliria y parte de Polonia, no la Italia, no el Tirol, no la corona imperial, sino lo que le hubiera encantado un siglo antes, la Silesia, sin la independencia, hay que confesarlo, á la cual aspiraba más que á todo. Así la elección estaba en su mano; pero, si queriendo gozar demasiado tiempo de este papel de potencia universalmente cortejada, no se decidía en hora oportuna, posible era que, después de halagada y acariciada por todos, acabara por ser también de todos maldita y aplastada bajo el común resentimiento, pues si se llegaban á entender Napoleón y Alejandro, de esto debía resultar una paz esencialmente rusa; nada tendría Austria de Polonia, nada de Iliria, nada de Italia; no se cedería á su deseo de reconstituir la Alemania, salvo algunas indemnizaciones que acaso se otorgaran á Prusia, y lejos de recuperar su independencia, tornaría á caer bajo el dominio de Napoleón, más duro que nunca. Para esto sólo se necesitaba un instante, y en la presente coyuntura, cuando todo se estaba decidiendo á estocadas, ¡y qué estocadas!, con cuarenta y ocho horas bastaba para cambiar la faz del mundo.

Lleno Mr. de Metternich de estas cavilaciones, ya había pensado en llevar á su soberano á Praga, á fin de estar muy cerca del teatro de las batallas y de las negociaciones, y de poder seguir desde lo alto de la Bohemia, como desde un observatorio elevado y vecino, el torrente rapidísimo de las cosas, y de lanzarse á él en caso necesario.

La noticia de la elección de Mr. de Caulaincourt para negociar el armisticio le había afectado hasta el extremo de hacer su emoción visible á los ojos penetrantes de Mr. de Narbonne. No le habían dejado las cartas de Mr. de Stadión la más leve duda, y en veinticuatro horas formaron el emperador y su ministro la resolución de dejar á Viena por Praga con grande asombro del público, sorprendido no de esta resolución, sino de la prontitud con que era tomada. A causa de las relaciones existentes con Francia había en cierta manera la obligación de explicarlo todo, y Mr. de Metternich se apresuró á decir á Mr. de Narbonne que, estando en vísperas de entablarse las negociaciones por conducto de Austria, era necesario que la corte mediadora se aproximara á las partes sometidas á su mediación; que en Praga se ganarían seis días respecto de cada comunicación cuan-